

mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decian: El pobrecito ahora sin duda se ensució quando le dió el mal. ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre mí! lo uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro que me diesen garrote. Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordéles en los muslos) hice que habia vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dexáronme diciendo: ¡Jesus, y qué floxo sois! Yo lloraba de enojo, y ellos decian adrede: Mas vá en vuestra salud que en haberos ensuciado: callad; y con esto me pusieron en la cama despues de haberme lavado, y se fueron. Yo no hacia á solas sino considerar como casi era mas lo que habia pasado en Alcalá en un dia, que todo lo que me sucedió con Cabra. A medio dia me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude, lavándola como gualdrapa, y aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa, y yo, aunque poco, y de mala gana; y después, juntádonos todos á hablar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla

todos: doblóseme mi afrenta, y dixé entre mí: Avison, Pablos, alerta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las Escuelas, y patios nadie me inquietó mas.

CAPITULO VI.

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

Haz como vieres, dice el refran, y dice bien: de puro considerar en él, vine á resolverme de ser bellaco con los bellacos; y mas, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero aseguro á V. md. que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vida á todos los cochinos que se entrasen en casa, y á los pollos del ama, que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor garvo que ví en mi vida: yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir, y dixé á uno: Vaya, y vea quien gruñe en nuestra casa: fue; y dixo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enojé tanto, que salí allá diciendo que era mucha bellaquería, y atrevimiento

venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envaséle á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos: y porque no se oyese el ruido que hacian, todos á la par dábamos grandísimos gritos, como que cantábamos; y así espiraron en nuestras manos. Sacamos los vientres, recogimos la sangre, y á puros xergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte, que quando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino era los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad, por no detenernos, les habíamos dexado la mitad de lo que ellas se tenían dentro. Supo, pues, Don Diego, y el Mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podian valer) á volver por mí. Preguntábame D. Diego qué habia de decir, si me acusaban, y me prendia la Justicia? A lo qual respondí yo, que me llamaria hambre, que es el sagrado de los Estudiantes; y si no me valiese, diria: Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dixo Don Diego: A fé, Pablos, que os haceis á las armas. Era de notar ver á mi amo tan quieto, y religioso, y á mí tan travieso,

que el uno exágeraba al otro, ó la virtud, ó el vicio. No cabia el alma de contento, porque éramos los dos al mohino: habíamos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica, porque siempre iba de mas á menos; y la vez que podia echar cabra, ó oveja, no echaba carnero, y si habia huesos, no entraba cosa magra; y así hacia unas ollas tísicas de puro flacas: unos caldos, que á estar quaxados, se podian hacer sartas de cristal de las Pasquas. Por diferenciar, para que estuviese gorda la olla, solia echar unos cabos de velas de sebo. Ella decia (quando yo estaba delante) á mi amo: Por cierto que no hay servicio como el de Públicos, si él no fuese travieso: consérvele V. mds. que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad: lo mejor de la Plaza trae. Yo por el consiguiente decia de ella lo mismo; y así teníamos engañada la casa. Si se compraba aceyte de por junto, carbon, ó tocino, escondiamos la mitad; y quando nos parecia deciamos el ama, y yo: Modérense Vs. mds. en el gasto, que en verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del Rey. Ya se ha acabado el aceyte,

ó el carbon; pero tal priesa se han dado: mande V. md. comprar mas: á fé que se ha de lucir de otra manera: dénde dineros á Públicos. Dábanmeles, y vendíámosles la mitad sisada, y de lo que comprábamos la otra mitad, y esto era en todo. Y si alguna vez compraba algo en la Plaza, por lo que valia reñíamos adrede el ama, y yo. Ella decia como enojada: No me digais á mí, Públicos, que estos son dos quartos de ensalada. Yo hacia que lloraba: daba muchas voces: íbame á quejar á mi Señor, y apretábale para que enviase el Mayordomo á saberlo, para que callase el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos al amo, y al Mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al zelo de su bien. Decíale Don Diego, muy satisfecho de mí: Así fuese Públicos aplicado á virtud como es de fiar. Tuvimoslos de esta manera, chupándolos como sanguijuelas. Yo apostaré que V. md. se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser; pero no obligaba á restitucion, porque el ama confesaba de ocho á ocho dias, y nunca le ví rastro, ni imaginacion de volver nada, ni hacer escrupulo, con ser, como digo, una santa. Traía un Rosario al cuello siempre,

tan grande, que era mas barato llevar una haz de leña acuestas. De él colgaban muchos manojos de imágenes, cruces, y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos Santos Abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima de mi amo, y rezaba mas oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez, y acababa con el Conquibules (que ella decia), y en la Salve rehila. Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente; de suerte, que nos despedazábamos de risa todos. Tenia otras habilidades: era conqueridora de voluntades, y corchete de gustos, que es lo mismo que alcahueta; pero disculpábase conmigo, diciendo que le venia de casta, como al Rey de Francia curar de lamparones. Pensará V. md. que siempre estuvimos en paz: pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean codiciosos, si están juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? Succedió que el ama criaba gallinas en el corral: yo tenia gana de comerla una: tenia doce, ó trece pollos grandecitos, y un dia estando dándoles de comer, comenzó á decir: Pío, pío, y esto muchas veces. Yo, que oí el modo de

llamar, comencé á dar voces, y dixé : ¡O cuerpo de tal, ama! no hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al Rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habeis hecho, que es imposible dexarlo de decir. ¡Mal aventurado de mí, y de vos! Ella, como me vió hacer extremos con tantas veras, turbóse algun tanto, y dixo : Pues, Pablos, ¿yo qué he hecho? Si te burlas, no me afijas mas. ¿Cómo burlas? pesia tal! yo no puedo dexar de dar parte á la Inquisicion, porque si no, estaré descomulgado. Inquisicion? (dixo ella) y empezó á temblar; ¿pues yo he hecho algo contra la Fé? Eso es lo peor, decia yo : no os burleis con los Inquisidores : decid que fuisteis una bobá, y que os desdecis, y no negueis la blasfemia, y desacato. Ella con el miedo dixo : Pues, Pablos, si me desdigo, castigaránme? Respondíle : No, porque solo os absolverán. Pues yo me desdigo, dixo, pero dime tú de qué, que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos. ¿Es posible que no advertís en qué? No sé cómo me lo diga, que el desacato es tal, que me acobarda. ¿No os acordais que dixisteis á los pollos : Pío, pío, y es Pío nombre de los Papas, Vicarios de Dios, y Cabezas de la Iglesia? Papaos ese pecadillo. Ella quedó

como muerta, y dixo : Pablos, yo lo dixé; pero no me perdone Dios si fue con malicia : yo me desdigo : mira si hay camino para que se pueda escusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisicion. Como vos juréis en una Ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dexar de acusaros ; pero será necesario que esos dos pollos que comieron, llamándoles con el santísimo nombre de los Pontífices, me los deis para que yo los lleve á un Familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habeis de jurar de no reincidir de ningun modo. Ella muy contenta dixo : Pues lleváelos, Pablos, ahora, que mañana juraré. Yo, por mas asegurarla, dixé : Lo peor es, Cypriana, (que así se llamaba) que yo voy á riesgo, porque me dirá el Familiar si soy yo, y entretanto me podrá hacer vexacion : llevadlos vos, que yo pardiez que temo. Pablos, (decia quando me oyó esto) por amor de Dios que te duélas de mí, y los lleves, que á tí no te puede suceder nada. Dexéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinéme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví, diciendo: Mejor se ha hecho que yo pensaba : queria el Familiarcito venirse tras mí á ver la muger;

pero lindamente le he engañado , y negociado. Dióme mil abrazos , y otro pollo para mí , y yo fuime con él adonde había dexado sus compañeros , y hice hacer en casa de un Pastelero una cazuela , y comímelos con los demas criados. Supo el ama , y Don Diego la maraña , y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena , que por poco se muriera , y de enojo no estuvo á dos dedos (á no tener por que callar) de decir mis sisas. Yo , que me ví mal con el ama , y que no la podia burlar , busqué nuevas trazas de holgarme , y dí en lo que llaman los Estudiantes correr , ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas, porque yendo una noche á las nueve (que ya andaba poca gente) por la calle mayor , ví una Confitería , y en ella un cofin de pasas sobre el tablero ; y tomando vuelo , vine , agarréle , dí á correr , y el Confitero dió tras mí , y otros criados , y vecinos. Yo , como ya iba cargado , y ví que aunque les llevaba ventaja , me habian de alcanzar , al volver una esquina sentéme sobre él , envolví la capa á la pierna de presto , y empecé á decir con la pierna en la mano : Ay ! Dios se lo perdone , que me ha pisado. Oyéronme esto , y llegando , empecé á decir : Por tan alta Señora ; y lo ordinario de la

hora menguada , y ayre corrupto. Ellos se venian desgañifando , y dixéronme : ¿Vá por ahí un hombre , hermano ? Ahí adelante , que aquí me pisó , loado sea el Señor. Arrancaron con esto , y fuéronse : quedé solo , llevéme el cofin á casa , conté la burla , y no quisieron creer que había sucedido así , aunque lo celebraron mucho , por lo qual los convidé para otra noche á verme correr caxas. Vinieron ; y advirtiendo ellos que estaban las caxas dentro la tienda , y que no las podia tomar con la mano , tuvieronlo por imposible , y mas por estar el Confitero , por lo que le sucedió al otro de las pasas , alerta. Vine , pues ; y metiendo , doce pasos atras de la tienda , mano á la espada , que era un estoque recio , partí corriendo , y en llegando á la tienda , dixé : Muera ; y tiré una estocada por delante el Confitero : dexóse caer , pidiendo confesion , y yo dí la estocada en una caja , y la pasé , y saqué en la espada , y me fui con ella. Admiráronse de ver la traza , muriéndose de risa de que el Confitero decia que le mirasen , que sin duda le había herido , y que era un hombre con quien había tenido palabras ; pero volviendo los ojos , como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al rededor , echó de ver la burla , y empezó á san-

tiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decían los compañeros que yo solo podía sustentar la casa con lo que corría, que es lo mismo que hurtar en nombre rebozado. Yo, como era muchacho, y veía que me alababan el ingenio con que salía de estas travesuras, animábame para hacer otras mas. Cada día traía la pretina de jarras de Monjas, que las pedia para beber, y me venia con ellas, é introduxe que no diesen nada sin prenda primero; y así prometí á Don Diego, y á todos los compañeros de quitar una noche las espadas á la misma Ronda. Señalóse cuál había de ser, y fuimos juntos, y yo delante; y al columbrar la Justicia, me llegué con otros de los criados de casa muy alborotado, y dixé: Justicia? Respondieron: Sí. Es el Corregidor? Dixerón que sí. Hinquéme de rodillas, y dixé: Señor, en sus manos de V. md. está mi remedio, y venganza, y mucho provecho de la República: mande V. md. oirme dos palabras á solas, si quiere una gran prision. Apartóse, y ya los Corchetes estaban empuñando las espadas, y los Alguaciles poniendo mano á las varetas, y díxele: Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres, los mas facinorosos del mundo: todos ladrones, y matadores de hombres, y entre

ellos viene uno que mató á mi madre, y á un hermano mio por robarlos, y le está probado esto, vienen acompañando, segun les oido decir, á una espia Francesa; y aun sospecho, por lo que les oido, que es (y baxando mas la voz, dixé) de Antonio Perez. Con esto el Corregidor dió un salto ácia arriba, y dixó: ¿Adónde están? Señor, en la casa pública: no se detenga V. md. que las ánimas de mi madre, y hermano se lo pagarán en oraciones, y el Rey. Decia: Jesus! no nos detengamos, seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dixé (tornándole á apartar): Señor, perderse há, si V. md. hace eso; antes importa que todos entren sin espadas, y uno á uno, que ellos están en los aposentos, y traen pistoletes; y en viendo entrar con espadas, como no las puede traer sino la Justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detras los brazos, que demasiados vamos. Quadróle al Corregidor la traza, con la codicia de la prision. En esto llegamos cerca; y el Corregidor advertido, mandó que debaxo de unas hierbas pusiesen todas las espadas escondidas en un campo, que está frente casi de la casa: pusieronlas, y caminaron. Yo, que habia avisado al otro, que ellos dexarlas, y él tomarlas, y pescarse á casa, fuese todo uno, hizolo así; y al

entrar todos , quedéme atrás el postrero , y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba , dí cantonada , y emboquéme por una callejuela , que vá á dar á la Vitoria , que no me alcanzára un galgo. Ellos , que entraron , y no vieron nada , porque no habia sino Estudiantes , y pícaros , que todo es uno , comenzaron á buscarme , y no me hallando , sospecharon lo que fue : yendo á buscar sus espadas , no hallaron media. ¿Quién contará las diligencias que hizo con el Rector el Corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa ; y yo , porque no me conociesen , estaba echado en la cama con un tocador , con una vela en la mano , y un Christo en la otra , y un compañero Clérigo ayudándome á morir , y los demas rezando las Letanías. Llegó el Rector , y la Justicia ; y viendo el espectáculo , se salieron , no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada ; antes el Rector me dixo un Responso. Preguntó si estaba ya sin habla , y dixéronle que sí ; y con esto se fueron desesperados de no hallar rastro , jurando el Rector de remitirle si le topasen , y el Corregidor de ahorcarle , aunque fuese hijo de un Grande. Levantéme de la cama , y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar

la burla en Alcalá ; y por no ser largo dexo de contar como hacia monte la Plaza del Pueblo , pues de caxones de Tundidores , y Plateros , y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de quando fui Rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenia sobre los habares , viñas , y huertos en todo aquello de alrededor. Con estas , y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso , y agudo entre todos. Favorecíanme los Caballeros , y apenas me dexaban servir á D. Diego , á quien siempre tuve el respeto que era razon , por el mucho amor que me tenia.

CAPITULO VII.

De la ida de D. Diego , y nuevas de la muerte de mis padres , y la resolucion que tomé en mis cosas para adelante.

En este tiempo vino á Don Diego una carta de su padre , en cuyo pliego venia otra de un tio mio , llamado Alonso Ramplon , hombre allegado á toda virtud , y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la Justicia , pues quantas allí se habian hecho de quatro años á esta parte , han pasado por sus manos. Verdu-

go era , si vá á decir la verdad , pero una aguil-
la en el oficio. Vérsese hacer daba gana de de-
xarse ahorcar. Este , pues , me escribió una car-
ta á Alcalá desde Segovia , en esta forma.

CARTA.

Hijo Pablos (que por el mucho amor que me
tenia me llamaba así) : las ocupaciones grandes
de esta plaza , en que me tiene ocupado Su Ma-
gestad , no me han dado lugar á hacer esto; que
si algo tiene malo el servir al Rey , es el trabajo,
aunque se desquita con esta negra honrilla de ser
sus criados. Pésame de daros nuevas de poco
gusto. Vuestro padre murió ocho dias há con
el mayor valor que ha muerto hombre en el
mundo : dígolo , como quien le guindó. Subió
en el asno sin poner pie en el estribo : veníale
el sayo baquero , que parecia haberse hecho pa-
ra él ; y como tenia aquella presencia , nadie le
veía con los Christos delante , que no le juzga-
se por ahorcado. Iba con gran desenfado miran-
do á las ventanas , y haciendo cortesias á los que
dexaban sus oficios por mirarle : hízose dos ve-
ces los bigotes: mandaba descansar á los Confe-
sores , é íbales alabando lo que decian bueno.
Llegó á la de palo , puso un pie en la escalera,

no subió á gatas , ni de espacio ; y viendo un
escalón hendido , volvióse á la Justicia , y dixo,
que mandase aderezar aquel para otro , que no
todos tenían su hígado. No sabré encarecer quánt
bien pareció á todos. Sentóse arriba , y tiró las
arrugas de la ropa atras : tomó la sogá , y púso-
la en la nuez ; y viendo que el Teatino le que-
ria predicar , vuelto á él , le dixo : Padre , yo
lo doy predicado , y vaya un poco de Credo,
acabemos presto , que no querria parecer proli-
xo : hízose así : encomendóme que le pusiese la
caperuza de lado , y que le limpiase las babas :
yo lo hice así : cayó sin encoger las piernas , ni
hacer gestos : quedó con una gravedad , que no
habia mas que pedir : hícele quartos , y díle por
sepultura los caminos. Dios sabe lo que á mí me
pesa de verle en ellos , haciendo mesa franca á
los grajos ; pero yo entiendo que los pasteleros
de esta tierra nos consolarán , acomodándole en
los de á quatro. De vuestra madre , aunque está
viva ahora , casi os puedo decir lo mismo , que
está presa en la Inquisicion de Toledo , porque
desenterraba los muertos , sin ser murmuradora.
Dícese que daba paz cada noche á un cabron en
el ojo que no tenia niña. Halláronla en su casa
mas piernas , brazos , y cabezas que en una ca-
pilla de milagros ; y lo menos que hacia , sobre-

virgos, y contrahacer doncellas. Dicen que representaba en Auto el dia de la Trinidad, con quatrocientos de muerte: pésame, que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy Ministro del Rey, y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres: será en todo hasta quatrocientos ducados: vuestro tío soy, lo que tengo ha de ser para vos. Vista esta, os podreis venir aquí, que con lo que vos sabeis de latin, y retórica, seréis singular en el arte de Verdugo. Respondedme luego; y entretanto Dios os guarde. Segovia, &c.

No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta; pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean á los hijos). Fuime corriendo á Don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre, en que le mandaba que se fuese, y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mías, que habia oido decir. Díxome como se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre: que á él le pesaba de dexarme; y á mí mas. Díxome que me acomodaria con otro Caballero, amigo suyo, para que le sirviese. Yo en esto, riéndome le dixé: Señor, yo soy otro, y otros mis pen-

samientos: mas alto pico, y mas autoridad me importa tener; porque si hasta ahora tenia, como cada qual, mi piedra en el rollo, ahora tengo á mi padre. Declaréle como habia muerto tan honradamente como el mas estirado: como le trincharon, é hicieron moneda; y como me habia escrito mi señor tío el Verdugo de esto, de la prisioncilla de mama; que á él, como quien sabia quien yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer? Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro dia él se fue á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso, no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia, con intencion de cobrar mi hacienda, y conocer mis parientes, para huir de ellos.